PERRY ANDERSON

SOBRE LA CONCATENACIÓN EN EL MUNDO ÁRABE

La revuelta árabe de 2011 se incluye en una clase poco común de acontecimientos históricos: una concatenación de levantamientos políticos, uno a continuación de otro, que recorre toda una región del mundo. Eso sólo había sucedido antes en tres ocasiones: las guerras hispanoamericanas de liberación iniciadas en 1810 y que concluyeron en 1825; las revoluciones europeas de 1848-1849; y la caída de los regímenes del bloque soviético en 1989-1991. Cada una de ellas correspondía específicamente a un momento y lugar, como sucede con la cadena de explosiones en el mundo árabe; ninguna de ellas duró menos de dos años. Desde que se inició esta última confrontación en Túnez en el mes de diciembre de 2011, transmitiéndose como un reguero de pólvora a Egipto, Bahréin, Yemen, Libia, Omán, Jordania y Siria, no han pasado más de tres meses; cualquier predicción sobre su resultado final sería aún prematura en este momento. El más radical de los tres levantamientos generales antes mencionados acabó con una derrota total en 1852; los otros dos triunfaron, aunque los frutos de la victoria fueran en parte amargos y, en cualquier caso, bastante alejados de las esperanzas de Simón Bolívar o de Bärbel Bohley*. El destino último de la revuelta árabe podría parecerse al de cualquiera de ellos, pero también podría cobrar una forma peculiar, distinta a la de todos ellos.

1

Dos rasgos peculiares han mantenido durante mucho tiempo Oriente Medio y el norte de África alejados del universo político contemporáneo: el primero es la excepcional longevidad e intensidad del yugo imperial occidental sobre la región durante el último siglo; desde Marruecos hasta Egipto, el control del norte de África se repartió entre Francia, Italia y Gran Bretaña antes de la Primera Guerra Mundial, mientras que la región en torno al Golfo Pérsico se dividió en una serie de protectorados británicos y Yemen y Omán quedaban vinculados por el mar Arábigo al Raj británico en

* Cofundadora del Nuevo Foro creado en 1989 en la RDA, poco antes de la «caída del Muro». *[N. del T.]*

la India. Al terminar la guerra Gran Bretaña y Francia se repartieron los despojos del Imperio otomano, añadiendo al botín territorial europeo, como última conquista, lo que bajo las reglas y tiralíneas de sus cartógrafos se convirtió en Iraq, Siria, Líbano, Palestina y Transjordania. La colonización formal llegó, así, relativamente tarde a gran parte del mundo árabe; el África subsahariana, el sureste de Asia o el subcontinente indio, por no hablar de Latinoamérica, entraron a formar parte de sus posesiones mucho antes que Mesopotamia y los países ribereños del Mediterráneo oriental; pero, a diferencia de lo sucedido en aquellas otras zonas, en esta última la descolonización formal se ha visto acompañada durante el periodo poscolonial por una sucesión prácticamente ininterrumpida de guerras e intervenciones imperiales.

2

Éstas comenzaron con el aplastamiento de la Gran Revuelta Árabe en el Mandato Británico de Palestina en 1938-1939 y la expedición británica a Iraq para restaurar a un regente títere en 1941, y se multiplicaron con el establecimiento del Estado sionista en la región en 1948 y su subsiguiente expansión –actuando a veces como socio y a veces como agente subordinado, pero cada vez más como iniciador de agresiones regionales–, ligada a la sustitución de Francia y Gran Bretaña por Estados Unidos como gran potencia supervisora del mundo árabe. Desde la Segunda Guerra Mundial, cada década ha visto reproducirse la violencia tanto estatal como de los colonos instalados en territorio árabe. A finales de los años cuarenta Israel desencadenó en Palestina la *nakba* fundacional; menos de diez años después se produjo el ataque anglo-franco-israelí contra Egipto a raíz de la nacionalización del Canal de Suez y en 1958 la intervención estadounidense en el Líbano; en 1967, la Guerra de los Seis Días de Israel contra Egipto, Siria y Jordania; en 1973, la Guerra del Yom Kippur o del Ramadán, que dio lugar a la convocatoria conjunta del Consejo de Seguridad de la ONU por Estados Unidos y la Unión Soviética ante la amenaza de escalada nuclear; en 1983 la invasión israelí del Líbano y a finales de la década el aplastamiento de la Intifada palestina; durante la década de 1990 la Primera Guerra del Golfo, y desde 2003 la invasión y ocupación estadounidense de Iraq; al iniciarse una nueva década, tenemos el bombardeo de la OTAN sobre Libia. No todas las iniciativas bélicas tuvieron su origen en Washington, Londres, París o Tel Aviv, ya que también hubo frecuentes conflictos militares de origen local: la guerra civil en Yemen durante la década de los sesenta, la invasión marroquí del Sáhara occidental en la de 1970, el ataque iraquí contra Irán durante la de 1980 y la invasión de Kuwait en la de 1990; pero rara vez estuvo ausente en esos enfrentamientos la implicación o connivencia occidental. En la región no se movía apenas nada sin una estrecha atención imperial y –siempre que se considerara necesaria– la aplicación de la fuerza o la presión financiera.

3

Las razones para ese nivel excepcional de vigilancia e interferencia euroamericana en el mundo árabe están muy claras. Por un lado, bajo su suelo se halla la mayor concentración de reservas de petróleo del planeta, vital para las economías intensivas en energía de Occidente, lo que ha dado lugar a un vasto arco de emplazamientos estratégicos de bases navales, aéreas y de control en torno al Golfo Pérsico, con puestos avanzados en Iraq y una profunda penetración en los servicios de seguridad egipcio, jordano, yemení y marroquí; por otro, constituye el marco en el que se inserta Israel, al que hay que proteger, puesto que ningún presidente estadounidense se atrevería a enfrentarse al *lobby* sionista, muy enraizado en la comunidad inmigrante más poderosa del país, mientras que Europa carga sobre sus espaldas la culpabilidad del Holocausto. Dado que Israel es, a su vez, una potencia ocupante que depende del patronazgo occidental, sus protectores se han convertido en objeto de represalias por parte de grupos islamistas que practican el terrorismo como en su día lo hicieron el Irgún o la «banda Stern» [Leji] y que han elevado el escrutinio imperial de la región a un nivel todavía más alto. Ninguna otra región del mundo ha suscitado una preocupación semejante ni tan continua en el centro hegemónico.

4

El segundo rasgo distintivo del mundo árabe ha sido la longevidad e intensidad de las diversas tiranías que lo han vampirizado desde su descolonización formal. Durante los últimos treinta años los regímenes democráticos, tal como los entiende la Casa de las Libertades con sede en Washington, se han difundido por Latinoamérica, el África subsahariana y el sureste de Asia, pero en Oriente Medio y el norte de África no ha pasado nada parecido. En esta región siguen dominando déspotas de toda laya, imperturbables frente a cualquier circunstancia. La familia saudí –a la que se podrían aplicar peores calificativos que a la Mafia siciliana– viene siendo la sede central del poderío estadounidense en la región desde su pacto con Roosevelt y gobierna sin obstáculos la península desde hace un siglo. Los pequeños jeques del Golfo y de Omán, respaldados o impuestos allí por el Raj indobritánico en tiempos de la «Tregua» contra la piratería*, no prestan más atención a sus súbditos que su vecino y hermano mayor uahabí. Las dinastías hachemí y alauí en Jordania y Marruecos –la primera heredera del colonialismo británico y la segunda del francés– han superado tres generaciones de autócratas sin más que algún gesto fingido de aceptación del parlamentarismo. La tortura y el asesinato son cosa de rutina en esos regímenes, los mejores amigos de Occidente en la región.

---

* Firmada en 1853 y renovada en 1892. *[N. del T.]*

5

Lo mismo se puede decir de las supuestas repúblicas, a cuál más dictatorial y tan dinásticas como las propias monarquías. También ahí la longevidad colectiva de los gobernantes no tiene paralelo en ningún otro lugar del mundo: Gaddafi en el poder durante 41 años, los Assad (padre e hijo) 40, Saleh 32, Mubarak 29, Ben Ali 23. Sólo el ejército argelino, que optó por una rotación en la presidencia, al estilo de los generales brasileños, se ha apartado de esa norma, aunque respetando todos los demás principios de la opresión. En cuanto a su política exterior, esos regímenes no se han mostrado tan uniformemente serviles ante la potencia hegemónica: la dictadura egipcia, rescatada de una debacle militar terminal en 1973 por Estados Unidos, ha venido siendo desde entonces un fiel peón de Washington, con menos independencia operativa que el propio reino saudí; el tirano yemení fue comprado a precio de saldo por sus servicios en la guerra contra el terrorismo. Los tunecinos buscaron patrones de prestigio en Europa, principal pero no exclusivamente Francia, mientras que los regímenes argelino y libio, que disfrutaban de grandes rentas derivadas de sus recursos naturales, tenían mayor margen de maniobra, pero también ellos seguían un patrón de creciente obsecuencia: la variante argelina con el fin de asegurarse la bendición de Occidente por su carnicería de la oposición islamista, y la libia para hacerse perdonar su pasado y poder realizar lucrativas inversiones en Italia. El único marginado significativo seguía siendo Siria, renuente a someterse sin recuperar las alturas del Golán, retenidas por Israel, y a dejar que el mosaico fosilizado del Líbano cayera totalmente en manos del dinero saudí y los servicios de inteligencia occidentales; pero incluso esa excepción fue fácilmente neutralizada y Siria se incorporó, como otros Estados de la Liga Árabe, a la «Operación Tormenta del Desierto».

6

Los dos rasgos distintivos de la región, su prolongada dominación por el sistema imperial estadounidense y su carencia de instituciones democráticas, estaban estrechamente relacionados entre sí: allí donde la democracia parecía suponer una amenaza para el capital, Estados Unidos y sus aliados no han vacilado nunca en sabotearla, como ilustra la suerte corrida por Mossadegh, Arbenz, Allende o, más recientemente, Aristide en Haití. Recíprocamente, allí donde la autocracia es esencial, se mantiene bien atendida. Los despotismos árabes, sustentados en repartos tribales y en la sobreexplotación de mano de obra inmigrante, son puntales estratégicos decisivos de la *Pax Americana* que el Pentágono se ha mostrado invariablemente dispuesto a preservar con diligencia. Las dictaduras –monárquicas o republicanas– a las que están sometidas grandes poblaciones urbanas en otros países han merecido un trato algo más diferenciado tácticamente, según las circunstancias; pero esas tiranías, en su variada gama, han sido más apoyadas o ayudadas que creadas o impuestas por Estados Unidos; todas y cada una de ellas tienen sus propias raíces indígenas en la sociedad local, por bien amamantadas que hayan podido estar desde Washington.

7

Según una famosa frase de Lenin, la república democrática es el marco político ideal para el capitalismo. Desde 1945 ningún estratega occidental se ha mostrado en desacuerdo con ella. El imperio euroamericano preferiría en principio tratar con demócratas árabes antes que con dictadores, con tal de que fueran igualmente respetuosos hacia su hegemonía, cosa que casi nunca ha sido demasiado difícil en las regiones recientemente democratizadas desde la década de los ochenta. ¿Por qué no ha sucedido lo mismo en Oriente Medio y el norte de África? Esencialmente porque Estados Unidos y sus aliados estaban acertados al temer que, precisamente debido a su larga historia de violencia imperial en la región y a las continuas agresiones de Israel, el sentimiento popular podría no proporcionar un confort electoral comparable. Una cosa es instalar un régimen títere a punta de bayoneta y recabar para él votos suficientes, como en Iraq, y otra muy distinta unas elecciones auténticamente libres, como descubrieron a su costa los generales argelinos y los gerifaltes de Fatah. En uno y otro caso, enfrentados a una victoria democrática de fuerzas islámicas consideradas demasiado reacias a las presiones occidentales, Europa y Estados Unidos aplaudieron la cancelación de los resultados y la represión de los electos. Las lógicas imperial y dictatorial han seguido, así, entrelazadas.

8

Éste es el panorama en el que ha hecho recientemente erupción la revuelta árabe, en una concatenación facilitada por los dos grandes vínculos culturales de la región, la lengua y la religión. Los levantamientos se han desarrollado principalmente mediante manifestaciones de masas de ciudadanos desarmados, que han tenido que afrontar en casi todas partes, con coraje y disciplina ejemplar, la represión ejercida con gases lacrimógenos, chorros de agua y fuego real. En un país tras otro se ha oído a gritos la misma reivindicación: «Al-sha'b yurid isquat al-nizam!» [«¡El pueblo quiere la caída del régimen!»] Lo que buscaban las enormes multitudes reunidas en plazas y calles de toda la región era esencialmente la libertad política y erradicar el despotismo local. La democracia, un término nada novedoso –prácticamente todos los regímenes de la región han hecho un amplio uso de él–, pero desconocido como realidad, se ha convertido en denominador común de la conciencia de los diversos movimientos nacionales. Su fuerza atractiva, raramente articulada como conjunto claramente definido de formas institucionales, ha venido más de su poder como negación del *statu quo* –esto es, de la dictadura–, que de formulaciones en positivo. El castigo de la corrupción entre los cargos más elevados del viejo régimen aparece más destacadamente que los detalles de la nueva Constitución que se haya de elaborar. La dinámica de los levantamientos ha sido igualmente clara al respecto. Su objetivo es, en el sentido más clásico, puramente político: la libertad.

9

¿Pero por qué ahora? La odiosa casta de los regímenes existentes ha permanecido inalterada durante décadas, sin desencadenar levantamientos de masas contra ella. La dinámica de éstos no se puede explicar simplemente por sus propósitos, ni tampoco se puede atribuir plausiblemente a los nuevos canales de comunicación: el alcance de Al-Yazira, la irrupción de Facebook o de Twitter han facilitado, pero no han generado, el nuevo espíritu insurgente. La chispa solitaria que incendió la pradera sugiere la respuesta: todo comenzó con la inmolación desesperada de un humilde vendedor de hortalizas en un pequeño pueblo de provincias en el interior de Túnez. Bajo la conmoción que ahora sacude el mundo árabe ha habido presiones sociales volcánicas: polarización de los ingresos, aumento del precio de los alimentos, falta de viviendas, desempleo masivo de la juventud, con formación superior o sin ella, en una pirámide demográfica sin paralelo en el mundo. En pocas regiones, si es que en alguna, es tan aguda la crisis subyacente de la sociedad, ni tan evidente la ausencia de un modelo creíble de desarrollo, capaz de integrar a las nuevas generaciones.

10

Pero hasta la fecha, entre las profundas grietas sociales y los objetivos políticos de la revuelta árabe ha habido una disyunción casi total, que en parte ha reflejado la composición de sus principales contingentes hasta ahora. En las grandes ciudades –con la excepción de Manama– no han sido en general los más pobres los que han inundado las calles; los trabajadores urbanos no han organizado todavía una huelga general prolongada y los campesinos apenas se han dejado ver. Esto deriva, sin duda, de las largas décadas de represión policial, que ha sofocado cualquier asomo de organización colectiva entre los desposeídos; llevará tiempo que éstos colmen ese vacío. Pero la disyunción es también un efecto del limbo ideológico en el que ha vivido la sociedad durante esas mismas décadas, con la desacreditación del nacionalismo y el socialismo árabe y la neutralización del confesionalismo radical, que dejaban únicamente un islam deslavazado como utensilio-válido-para-todo. En esas condiciones gestadas por las dictaduras, el vocabulario de la revuelta no podía sino concentrarse en éstas –y en su caída– como discurso político, sin poder ir más allá.

11

Pero la libertad tiene que reconectarse a la igualdad. Sin su convergencia, los levantamientos en el mundo árabe podrían fácilmente consumirse y dar lugar a una versión parlamentarizada del antiguo régimen, tan incapaz como las oligarquías decadentes del periodo de entreguerras de responder a las explosivas energías y tensiones sociales acumuladas. La prioridad estratégica de una izquierda resucitada en el mundo árabe debería ser cerrar las

grietas aparecidas en las revueltas promoviendo formas de libertad política que permitan a esas presiones sociales la mejor expresión colectiva posible. Esto significa, por un lado, exigir la total abolición de las leyes de excepción; la disolución del partido gobernante o el destronamiento de la familia reinante; limpiar el aparato administrativo estatal de los residuos del antiguo régimen y llevar ante la justicia a sus dirigentes; por otro lado, conceder una atención cuidadosa y creativa a los detalles de las constituciones que habrá que redactar una vez que se hayan barrido los restos del sistema anterior. A este respecto, las reivindicaciones clave son: libertades de expresión y de organización sin restricciones para todo tipo de organizaciones políticas y sindicales; sistemas electorales no distorsionados, esto es, proporcionales y no mayoritarios; interdicción de las presidencias omnipotentes; supresión de los monopolios –públicos o privados– en los medios de comunicación; y derechos explícitos de protección pública para los menos favorecidos. Sólo en un marco abierto de ese tipo podrán desplegarse las exigencias de justicia social con las que ha nacido la revuelta, haciendo uso de la libertad colectiva que precisan para materializarse realmente.

12

Resulta notable otra ausencia adicional en los levantamientos. En la más famosa de todas las concatenaciones señaladas, la europea de 1848-1849, se entrelazaron no sólo dos, sino tres tipos fundamentales de reivindicaciones: políticas, sociales y nacionales. ¿Ha sido también así en las del mundo árabe de 2011? Hasta el momento, los movimientos de masas de este año no han dado lugar a una sola manifestación antiestadounidense, ni siquiera antiisraelí. La desacreditación histórica del nacionalismo árabe a raíz del fracaso del nasserismo en Egipto es, sin duda, una de las razones, y otra que la resistencia al imperialismo estadounidense se identificara a partir de entonces con regímenes –los de Siria, Irán o Libia– tan represivos como los que venían colaborando con él, sin ofrecer un modelo político alternativo. Aun así, resulta llamativo que sigan ausentes las consignas antiimperialistas –por lo menos hasta ahora– en la parte del mundo donde el poder imperial es más visible. ¿Puede durar esto?

13

Estados Unidos puede permitirse una visión optimista de los acontecimientos, al menos hasta la fecha. En el Golfo Pérsico, el levantamiento de Bahréin, que podría haber supuesto un riesgo para su cuartel general naval, ha sido aplastado por una intervención contrarrevolucionaria en la línea de 1849, con una muestra impresionante de solidaridad interdinástica. Las monarquías saudí y hachemí se han mantenido firmes; el bastión yemení de la batalla contra el salafismo parece algo más tambaleante, pero el actual dictador es prescindible; en Egipto y Túnez los tiranos han abandonado la escena, pero la jerarquía militar cairota, que mantiene excelentes relaciones con el Pentágono, permanece intacta, y la fuerza civil más amplia que ha emergido hasta

ahora en uno y otro país es un islamismo domesticado. Hace algún tiempo, la perspectiva de que los Hermanos Musulmanes o sus filiales regionales entraran a formar parte del gobierno habría causado gran alarma en Washington; pero Occidente posee ahora un modelo tranquilizador en Turquía, que puede volver a aplicar en los países árabes y que promete el mejor mundo político posible. El Partido de la Justicia y el Desarrollo turco [Adalet ve Kalkinma Partisi, AKP] ha mostrado cuán leal puede ser a la OTAN y al neoliberalismo y cuán eficaz puede ser una combinación de la porra con el Corán que mezcle las dosis adecuadas de intimidación y represión para mantener una democracia piadosa pero liberal. Si Washington pudiera encontrar en El Cairo o en Túnez un Erdoğan, podría sentirse tranquilo y satisfecho pese a la desaparición de Mubarak y Ben Ali.

14

Desde ese punto de vista, la intervención militar en Libia se puede considerar como la guinda sobre el pastel, que al mismo tiempo da lustre a las credenciales democráticas de Occidente y quizá permita desembarazarse de su régimen, cuya reciente incorporación a las filas de la «comunidad internacional» no dejaba de resultar incómoda. En cualquier caso, la iniciativa para el ataque de la OTAN, que para el poderío global estadounidense es más un lujo que una necesidad, provino de Francia y Gran Bretaña, reeditando como en un pliegue espacio-temporal la coalición que emprendió la expedición contra Suez. De nuevo ha sido el gobierno de París el que ha asumido la dirección, con la que Sarkozy pretendía hacer olvidar su intimidad con Ben Ali y Mubarak y poner freno a su desastrosa caída en las encuestas; el de Londres se unió, dando a Cameron la oportunidad de cumplir su deseo repetidamente expresado de emular a Blair; el Consejo de Cooperación del Golfo y la Liga Árabe ofrecieron cobertura a la intervención, en un sumiso remedo de la actuación de Israel en 1956. Pero Gaddafi no es Nasser y esta vez Obama, sin muchas razones para temer las consecuencias, puede sumarse a la hueste euroimperialista exigiendo simplemente que Estados Unidos asuma el mando nominal, como manda el protocolo, y coordine el éxito final, permitiendo a otros beligerantes como Bélgica y Suecia, exhibir su bravura aérea. Para los vestigios de la era Clinton en el gobierno estadounidense actual, un beneficio adicional será la rehabilitación de la intervención humanitaria, tras la catástrofe de Iraq. Los medios e intelectuales franceses, como era previsible, han permanecido mudos ante la restauración del honor militar de su país en el norte de África; pero en Estados Unidos se respira un ambiente bastante más cínico: la salsa dispuesta para el ganso libio se considera, evidentemente, demasiado especiada para el pato bahraní, la oca siria o cualquier otro volátil de la región.

15

Por el momento, nada de esto ha alterado sustancialmente el panorama institucional de la región desde que comenzó la revuelta. La cautela frente al

poderío de la potencia hegemónica, las preocupaciones nacionales, la simpatía hacia los rebeldes libios, la esperanza de que el episodio acabe rápidamente, se han combinado para acallar las reacciones frente al último bombardeo de un país por Occidente; pero es poco probable que el factor nacional se pueda mantener indefinidamente apartado del político y el social en la actual turbulencia, ya que en el mundo musulmán, al este de la zona del levantamiento, las guerras estadounidenses en Iraq, Afganistán y Pakistán no han concluido todavía con una victoria, y el bloqueo de Irán está todavía bastante alejado de su conclusión lógica; en cuanto al centro neurálgico de la región, la ocupación de Cisjordania y el bloqueo de Gaza permanecen hasta el momento inalterables. Hasta al régimen democrático más moderado le podría resultar difícil mantenerse al margen de ese ejercicio continuado de prepotencia imperial y salvajismo colonial.

16

En el mundo árabe, el nacionalismo se ha visto a menudo devaluado por los propios Estados de la región, la mayoría de los cuales –a excepción de Egipto y Marruecos– son creaciones ficticias del imperialismo occidental; al igual que en el África subsahariana y otros lugares, los orígenes coloniales no han impedido, sin embargo, que cristalizaran identidades poscoloniales en el marco de las fronteras artificiales trazadas por los colonizadores. En este sentido, cada uno de los países árabes posee hoy una identidad colectiva tan real y obstinada como cualquier otro, pero hay una diferencia: la lengua y la religión, vinculadas en el Corán, fueron históricamente –y siguen siéndolo– improntas culturales comunes demasiado fuertes y peculiares como para no superponerse a la imagen de cada Estado-nación particular, ofreciendo la idea de una nación árabe común, concebida como ecumene única, que fue la que impulsó en su momento un nacionalismo árabe global y no sólo egipcio, iraquí o sirio.

17

Así brotaron el nasserismo y el baazismo, que tras su ascenso, corrupción y decadencia no pueden resucitar ahora; pero habrá que recuperar el aliento que los impulsó para que la actual revuelta pueda convertirse en revolución. Habrá que unir de nuevo libertad e igualdad; pero sin fraternidad, en una región tan maltratada e interconectada, corren el riesgo de echarse a perder. Desde la década de los cincuenta, el precio que han tenido que pagar los diversos intentos de progreso en Oriente Medio y el norte de África por sus egoísmos nacionales ha sido muy alto. Lo que se necesita no es la caricatura de solidaridad ofrecida por la Liga Árabe, una institución cuyo registro de fracasos y traiciones rivaliza con el de la Organización de Estados Americanos en los días en los que Castro podía llamarla justificadamente Ministerio Estadounidense de Colonias. Se requiere un internacionalismo árabe generoso, capaz de emprender –en un futuro quizá distante, cuando

se haya derrocado al último jeque– una distribución equitativa en todo el mundo árabe de la riqueza petrolífera, en proporción a la población, acabando con la grosera opulencia de unos pocos frente a la indigencia de la inmensa mayoría. En un futuro más inmediato, la prioridad está clara: una declaración conjunta que dé por fenecido el abyecto tratado firmado por Sadat con Israel –dejando en la estacada a sus aliados a cambio de un acuerdo que ni siquiera concedía a los soldados egipcios la posibilidad de desplazarse libremente por su propio territorio–, así como el supuesto acuerdo-marco con respecto a Palestina, que Israel no se ha tomado ni siquiera la molestia de aparentar que podría llegar a respetar algún día. Ahí está la prueba del algodón de la recuperación de la dignidad democrática árabe.